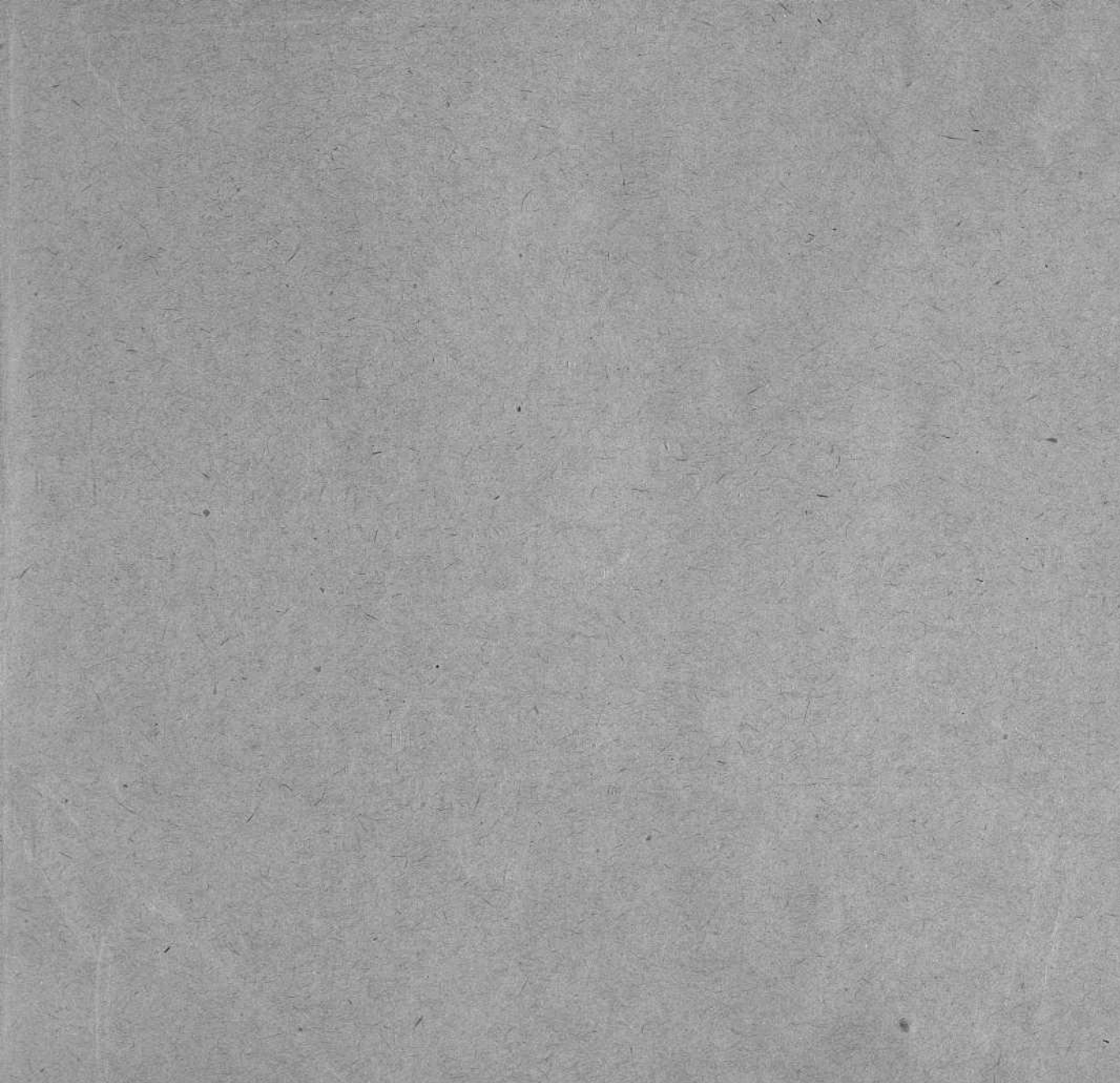


2

LOS TOROS









LOS TOROS

RESEÑA GRÁFICA DE LA FIESTA ESPAÑOLA
por E. CONTRERAS y R. DE PALACIO

"Tauro", por "Sentimientos".

La cría de reses bravas, por Esteban Hernández.

La suerte de varas, por "Badila".

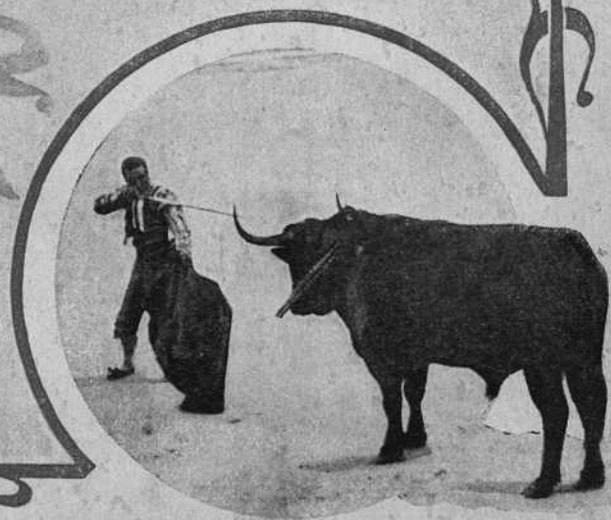
Banderillas, por José Moyano.

La suerte suprema, por Antonio Fuentes.

Fotografías, IRIGOYEN.

Fotograbados, CIARÁN.

Impresión, Tipografía HERRES (Otil, s).



Precio: **1,50** ptas.

M C M I

2

LOS TOROS

Reseña gráfica de la fiesta española

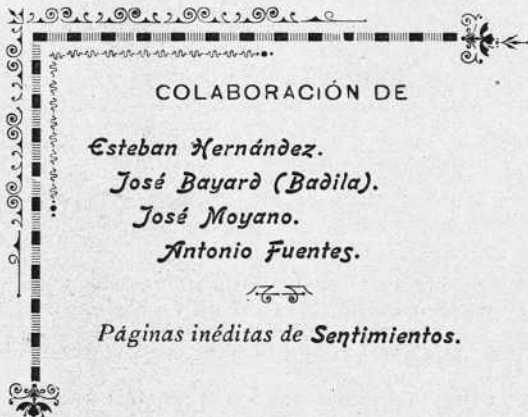
por E. CONTRERAS y R. DE PALACIO



FOTOGRAFÍAS IRIGOYEN.

FOTOGABADOS CIARÁN.

IMPRESIÓN: TIPOGRAFÍA HERRES, OLID, 8.



COLABORACIÓN DE

Esteban Hernández.

José Bayard (Badila).

José Moyano.

Antonio Fuentes.



Páginas inéditas de Sentimientos.

1901

+



LOS TOROS

Revista gráfica de la fiesta española

Por N. de T. y A. de T. y A. de T.

Los toros en España
Historia y actualidad
El torero y su arte
El público y la fiesta
El torero y su arte
El público y la fiesta



Los toros en España
Historia y actualidad
El torero y su arte
El público y la fiesta

1001

NOTA AL LECTOR

Como recuerdo nada más, como cariñoso recuerdo al genialísimo escritor, fecundo como pocos y original como menos aún, en homenaje á Eduardo de Palacio, que tan popular y simpático hizo el pseudónimo de Sentimientos, publicamos el presente artículo, muestra de su fresco ingenio. Juzgábamos que, tratándose de un libro que se ocupa de la fiesta de toros, nadie mejor que el llorado Eduardo de Palacio podía ocupar el puesto de honor; nadie mejor que aquel que, como dice el maestro Clarín, había logrado hacer literarias y amenas las revistas de las corridas de toros y conseguir que, aun los enemigos de la fiesta, las leyeran y se regocijaran con sus donaires.

Creemos que nuestros lectores acogerán con gusto estas páginas inéditas.

LOS AUTORES

TAURO

Yo aconsejaría á ustedes que no nacieran en Abril; pero no me atrevo definitivamente por si ya han nacido, «lo cual que no tendría cosa de particular», como decía cierto juez municipal interrogando á un sujeto sobre si había ó no zurrado la badana á su propia señora.

Durante el mes de Abril nos contempla el Sol desde el signo de Tauro, seña indecorosa é indigna de un caballero bien educado.

Los artistas de las últimas brochas sociales pintaron siempre al Sol con ojos negros, tipo andaluz, nariz chata y boca de cesante en el último desmayo.

Consideraban al Sol como el esposo legítimo de la Luna, á la que también regalaban un par de ojos azules, de tiple rural de zarzuela, nariz aplastada como la de su esposo y boca de señorita cursi.

Para los pintores al por mayor en épocas pasadas, el cielo era una especie de tabique, á través del cual asomaban la fisonomía respectiva el matrimonio luminoso y las crías, es decir, las innumerables estrellas que brillan en el espacio.

Andando el tiempo, se explicó la humanidad varios fenómenos celestes, y en su tendencia á la unidad, fué borrando poco á poco pasiones políticas, creencias y cuanto pudiera perjudicar al progreso de los siglos y demás acompañamiento de palabras sin sentido moral.

Así borró las fisonomías del Sol y de la Luna, de cuyas resultas quedaron tan descarados uno y otra.

No hay descaro tan insolente como el del Sol; parece como que se complace en penetrar en los secretos de la vida privada, denunciar levitas calvas en fuerza de cavilaciones de sus dueños y en descubrir los tornasoles de los sombreros de copa, que recuerdan los últimos saludos que dirigió á Mendizábal ó Calomarde, según los principios filosófico-político-económico-sociales del poseedor de tan preciosa joya.

El Sol se aproxima al signo zodiacal de Tauro en los primeros veinte días de Abril.

Signo de funesto presagio para los hombres y cuya influencia en varios actos de la vida es fatal.

En este mes empieza la temporada taurina; los institutos de primeras y segundas cornadas abren sus puertas á la muchedumbre de aficionados, que primeramente renunciarían á su familia respectiva, que á ver las simpáticas figuras de Rafael, Salvador, Cara-ancha, Gallo y otros flamencos del gremio de coletas.

Peligroso es casarse en el mes de Abril, aunque sea con *las de arriba* ó con *las de abajo*, porque entre el toreo y el matrimonio no saben los diestros qué lance es el más propenso á un revolcón.

Con la entrada del Sol en Tauro, coinciden los primeros efectos ó los primeros síntomas de la primavera; la sangre humana sufre alteraciones notables; los hombres andan á *bofetá* limpia con menos motivo que en tiempo de frío, y las mujeres andan á lenguas, que es peor que andar á puñaladas con el prójimo; sin embargo, seamos justos; lo mismo hacen en invierno y en otoño y en estío.

Empieza el calor en los teatros; las empresas abortan las peores obras que guardan en cartera ó en alforja, hablando en general; las compañías dramáticas, cómicas y líricas terminan sus compromisos en Semana Santa y comienzan las peregrinaciones de cómicos trashumantes y las economías en el guardarropa y biblioteca para algunos artistas *parados* ó cesantes.

Salen las lilas y salen los cantos bu-cólicos á la primavera y á las finas hierbas, y hasta salen los libros frescos aún de casa de los padres para ir á engrosar ó engruesar los estantes de las librerías, de donde pasarán á ser envoltura pudorosa de habichuelas y otros géneros del reino y ultramarinos.

¡Tauro! A su conjuro mágico se forman cuadrillas *á partir* que van por esos corrales á recibir ovaciones y á que los partan en fuerza de *orsequios* naturales de la huerta y del jardín.

¡Cuántos soñarán con Tauro y con los triunfos que piensan obtener!

¡Y cuántos volverán cariñosos y galantemente acompañados por la pareja de civiles!...

Sentimientos



En la dehesa

Bucólica.—Cría de reses bravas.—Becerras y vacas.—Tienta en campo abierto.
En el corral.—Derribo y herradero.—Cuidados necesarios.

Días de sol espléndido. Han pasado los rigores del frío; desaparece la nieve de las cercanas cumbres; reverbera el azul del cielo reflejando su puro matiz en el arroyo que corre por la campiña. En el prado, en la arboleda, centenares de pájaros buscan las larvas que resurgen con el hálito candente de la tierra.

Los lechosos becerrillos merodean en torno de la madre que, pródiga y cariñosa, les presenta sus hinchadas ubres y acaricia sus lomos con el hocico, en tanto que el desgarrado animalucho traga ansioso el líquido que ha de robustecerle.

Fugitivos y asustadizos, huyen los chotos al ruido más ligero, mientras que las vacas encampánanse, yerguen su majestuosa cabeza y parecen desafiar, al más insignificante barrunto de peligro para sus pequeños.

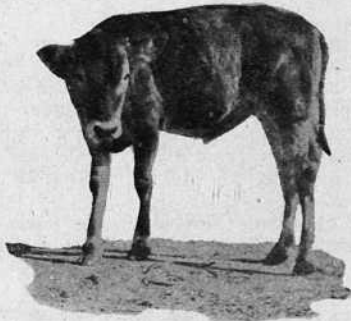
Mézclanse el olor voluptuoso del campo con las acres emanaciones del ganado, y el piar inacabable

de los picotereros con el bramar pausado y quejumbroso de la vaca, perdido al fin y apagado en la lejanía.

El fino olfato de la res advierte pronto la presencia de su enemigo. Del hombre. Y, en efecto, más allá del límite que señalan los setos, pasa montado en su jaca el vaquero, con su sombrero, sus zajones de cuero y un largo palo en la diestra...



Para formar una buena ganadería de reses bravas, se apartan las vacas que reúnan á su probada bravura buen trapío y finura, y á éstas se echan para padrear toros utreros ó cuatreños, de los más sobresalientes en la tienta y de los más finos, más corpulentos y mejor encornados, con el fin de que los becerras que nazcan igualen, ya que no aventajen, á sus procreadores, cosa que un buen ganadero debe procurar para que las reses pongan el pabellón á buena altura.

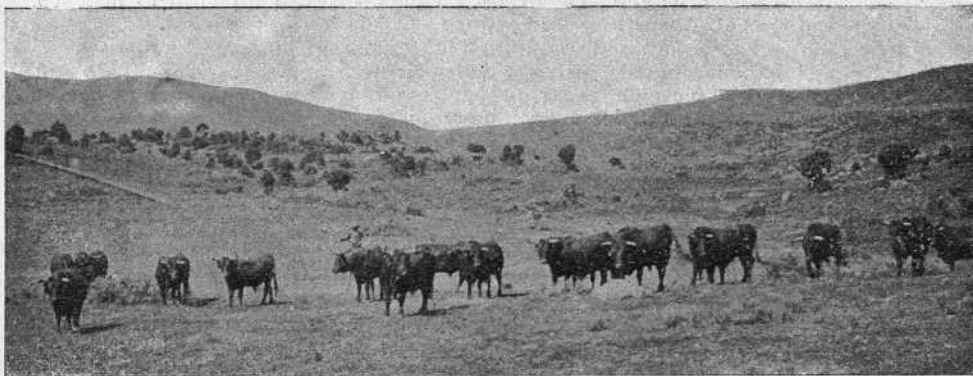


La época de echar los sementales á las vacas, es en los primeros días de Abril, y dura éste, Mayo, Junio y parte de Julio, empezando á salir las crías en Enero.

Los chotos están al lado de la madre nueve ó diez meses, después de los cuales son separados de ella, yendo los machos con los de un año y erales, y las hembras con las de su sexo, del mismo tiempo que aquéllos. Antes de la separación se les pone el hierro y número y se les señala en la oreja, según como cada ganadero tiene costumbre; también se les corta las cerdas de la punta de la cola para que salgan más iguales. Se necesita de escrupulosos cuidados á fin de que los becerros no se malogren.

Al pastar las tres hierbas, es decir, al entrar en el tercer año de su nacimiento, se procede á la tienta, á probar si servirán ó no para la liciá.

La tienta puede verificarse por acoso en la dehesa ó en la plaza ó corral del cerrado.



En Andalucía se usa del primer procedimiento, y en Castilla y en Navarra, del segundo.

La tienta por acoso se efectúa en terreno lo más llano posible; se separa al becerro que va á sufrir la prueba, y dos jinetes, provistos de puyas, le persiguen hasta que, ya algo fatigado de su carrera, va cediendo en ésta, y entonces el picador que va hacia la derecha del cornúpeto, apoya su garrocha en las palomillas de la res, á la que logra derribar sin mucho esfuerzo. El otro jinete cumple la misión de auxiliar al compañero y de cerrar el paso al becerro.

Los jinetes repiten el acoso, cambiando de lugar, una vez que el animal se levanta y sigue corriendo. Así que está apurado el becerro, se para y hace frente, si es bravo, atacando al jinete y tomando tantos más puyazos, cuanto mayores son su resistencia y bravura.

¡Toró! dice entonces el director de la tienta; los picadores se retiran y dejan que se vuelva otra vez al rodeo.



Pero si retado el becerro por el picador, huye, entonces, acabada la tiente, será castrado y su destino será el sabroso *beef-teak* ó el yugo de la carreta.

La tiente en el corral ó plaza del cerrado, es muy distinta á la anterior.

En el corral hay varios burladeros para que puedan librarse de las acometidas de la res, en caso de ser perseguidos, los peones que auxilian al picador.

Se separa un becerro de los preparados para la tiente y se le hace entrar en la plaza del cerrado, en la que ya aguarda el picador con su garrocha. Si el torete no se arranca, el picador vaquea con la vara para llamarle la atención, dependiendo, como en el caso anterior, de la bravura y resistencia del cor-



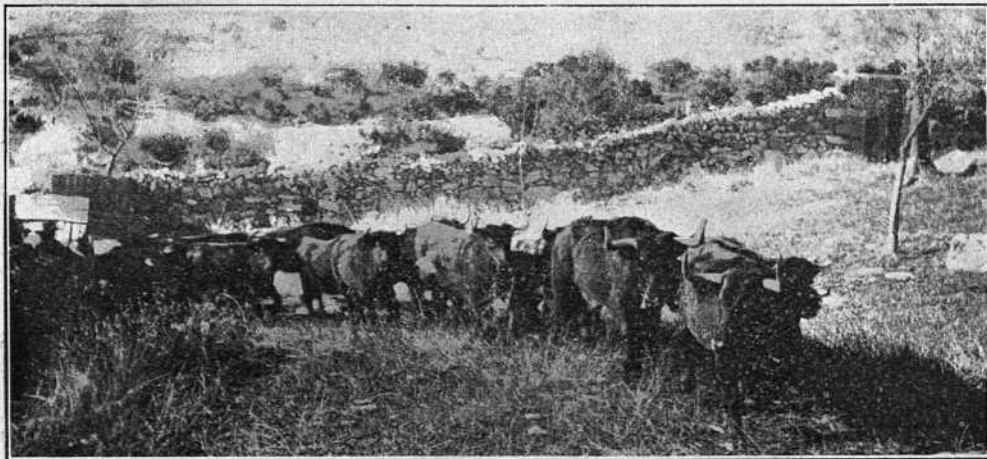
núpeto ó de su mansedumbre el que sea declarado toro ó buey.

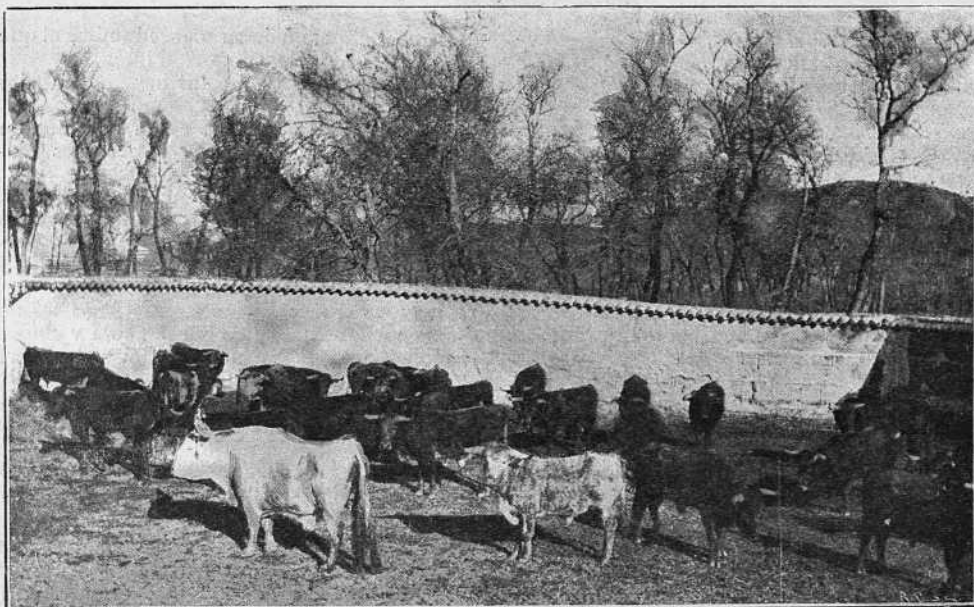
No hay que afirmar que, cuanto más escrupuloso sea el ganadero en la selección de becerras y becerros, mejor será su vacada.

Para herrar á las reses, es decir, para marcarlas con el hierro de la ganadería, se las separa una á

una en un corral dispuesto al efecto, las derriban los vaqueros al suelo, sujetándolas uno ó más por las astas, otro por la cola y empujándolas por los costillares hasta hacerlas caer. Ya sujetas así, se sacan del fuego los hierros enrojecidos de la marca y número y se aplican bien en las paletillas ó en la cadera derecha.

Desde que la madre los deja, hasta que son vendidos los toros, cuida mucho el ganadero





Beceros para la tiena.

de que los pastos sean buenos y abundantes, las aguas puras y el lugar donde se hallen en buenas condiciones.

Tanto á los becerros, como á los toros, acompaña siempre un número proporcionado de mansos ó cabestros.

**Apartado de una corrida. — Encierro. — Medios de conducción. — Desencajonado.
En la dehesa. — En la Plaza.**

Tarea muy dura y no exenta de peligros, es apartar de los demás un número determinado de toros, como ocurre cuando el dueño de la ganadería vende una ó más corridas, que, como es consiguiente, hay que separar y poner á disposición del nuevo dueño.

Para el apartado de las reses, se usa de los cabestros, á cuya querencia se van los toros, siendo necesaria la presencia y ayuda de vaqueros, á pie, armados de hondas, y á caballo, con garrochas, por si alguna res acometiera, se mostrase rehacia á obedecer ó huyese.

La conducción del ganado al punto donde el comprador convino, se hace por jornadas, escoltado por el cabestraje y vaqueros á caballo y á pie ó en cajones, que son trasportados por caballerías hasta el tren.

Para encerrar á los toros en los cajones, se les hace pasar uno á uno del corralón ó encerradero á otro que se comu-

nica con el primero, cuyas puertas se abren desde los corredores de encima, por medio de maromas; se va encerrando á las reses en los toriles que hay en el segundo corral, y de allí pasan á los cajones, previamente dispuestos, en los cuales entra el animal engañado por la luz que en ellos se ve. En cuanto el toro ha acabado de entrar, baja la puerta de corredera que tiene el cajón, se conserva abierta la mirilla de arriba para la conveniente ventilación de la res; repítase la operación con los demás toros en otros tantos cajones, hasta que han sido encerrados todos.

Los cajones son de madera fuerte, robustecidos con barras de hierro y montados sobre pequeñas ruedas del mismo metal. Tienen dos metros de alto por metro y medio de ancho y dos y medio de largo.



En el primer corral.

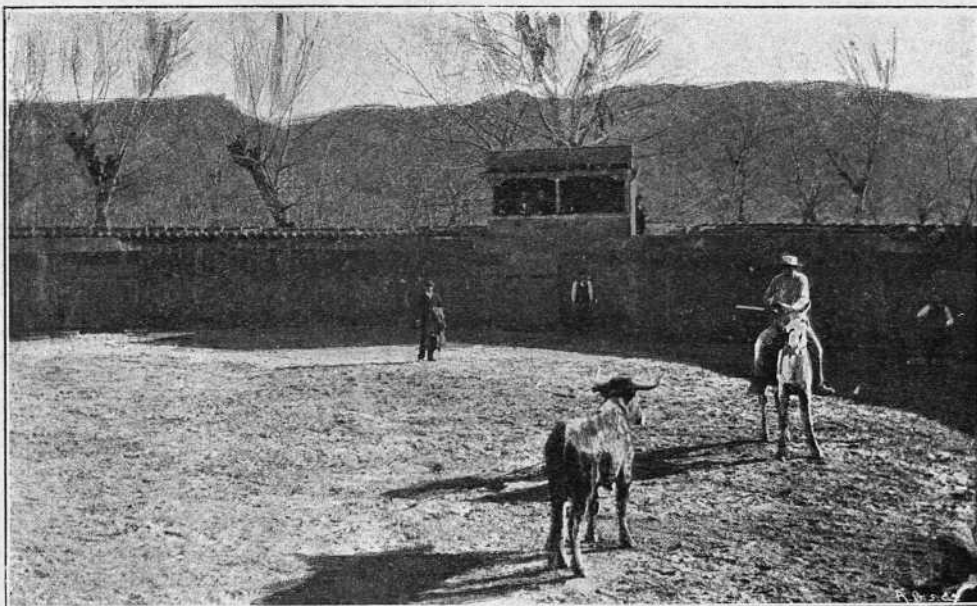
durante el viaje en cajones. Desde dichos prados son traídas á Madrid escoltadas por vaqueros á pie y á caballo y acompañadas del cabestraje.

La conducción ó encierro, tanto en Madrid como en otras provincias, se hace á horas en que, por el poco tránsito, puedan evitarse posibles peligros y que el ganado se espante, se separe ó haga punta.

El desencajonado en la dehesa se efectúa abriendo los cajones el vaquero, que para ello está colocado encima; los toros salen con premura y emprenden veloz carrera por la campiña, aspirando con verdadero deleite el aire libre. Garrochistas y vaqueros á pie cuidan de que las reses no se vayan demasiado lejos ni se corneen.

Otras veces el desencajonado se practica en los corrales de la Plaza, en los que se colocan los





cajones junto á un callejón improvisado con dos barreras de tablas fuertes que van á parar á los chiqueros; ábrese desde arriba la puerta del cajón y sale la fiera y sigue por el pasillo hasta el chiquero. O sencillamente, sin aparato alguno, pasando las reses una á una de un corral á otro.

Pero de todas las operaciones que se hacen con el toro antes de ser lidiado, la que más atractivos tiene, á no dudar, es la tienta. A ella acuden buenos aficionados y toreros que no desdennan dirigir la faena, por mucha que sea su nombradía.

La tienta constituye en todas las ganaderías una fiesta agradable y simpática, alegrada también en ocasiones por aristocráticas y hermosas caballistas, cosa que es más frecuente en Andalucía que en las demás dehesas de España.

Esteban Hernandez.

↔ Pelos y señales ↔

Castas y ganaderías.—Lámina y pelo.—Clasificación por sus defensas.

Prueba evidente que en las condiciones de bravura, de pelo, de estampa, etc., de los toros, influye directa y poderosamente el género de crianza que se les dé, está en la notable diferencia que existe entre los toros de distintas regiones de España, di-

ferencia que los distingue hasta tal punto, que permite reconocer su procedencia, a la simple vista, á aquellos que tienen costumbre de ver toros.

Los colmenareños son de mayor alzada que todos los demás, y entre ellos predomina el color oscuro



del pelo. La circunstancia de criarse en terreno accidentado, desarrolla mucho sus facultades, haciéndolos sumamente ágiles y ligeros. En la lidia suelen ser codiciosos, y si pierden facultades, debe atribuirse más que á condición de la casta, á la manera defectuosa de torearlos.

Cuando se les quebranta con recortes y se les castiga demasiado con la vara y las banderillas, buscan defensa en la barrera, pero sin dejar de acudir, lo que hace suponer á los aficionados poco inteligentes que son huidos. Pero sobre que esta circunstancia no determina tal condición, debe tenerse en cuenta que el toro más bravo concluye por buscar refugio cuando se le castiga más de lo



debido, y sólo puede negársele la bravura, cuando rehuye toda pelea, pero nunca cuando acomete, aun al amparo de las tablas.

Más finos de pelo y más elegantes de lámina, suelen ser los toros andaluces. Ágiles y nobles, préstanse mejor á una lidia lucida, pero suelen

carecer de la dureza y la pujanza de los colmenareños. Duélnense más al castigo generalmente; pero no apurándoseles más de lo justo, llegan al último tercio con facultades que permiten al matador emplear faenas brillantes.

Los toros navarros son más pequeños que los anteriormente citados; su pelo suele ser colorado, tienen muchos pies, gran cabeza y



Derribando un becerro.

son de lidia franca. Se distinguen por la rapidez en la acómetida y por lo pegajosos, y no se acobardan aun cuando les castiguen demasiado en la lidia. Su poco cuerpo es causa de que no gusten en algunas plazas, y esto ha determinado á los ganaderos navarros á cruzarlos con reses de ganaderías castellanas y andaluzas, para darles la corpulencia del ganado de esta procedencia.

Los toros que se crían en las dehesas de la provincia de Madrid, suelen ser de excelente lámina y de buenas condiciones para la lidia. Entre las ganaderías más notables de la tierra, merecen ser citadas las de D. Esteban Hernández, Duque de Veragua, Hijos de Aleas y don Vicente Martínez.

Los toros de Salamanca y Castilla la Vieja se distinguen poco por su bravura, pues en



Apartado de una corrida.

cuanto se les pára y castiga, se hacen huidos, y, por consiguiente, deslucen la lidia. Sin embargo, ahora parece que, ya sea por los cruzamientos, ó por la mejora de terrenos de pasto, van haciéndose más manejables y más bravos.

No porque nuestros lectores, en su mayoría, no ignoren el nombre del pelo que se da á cada toro, sino porque algunos escritores taurinos han cometido algunos errores á este respecto, damos los pelos más generales del ganado bravo:

Albardado, es el toro cuyo pelo es más claro en toda la extensión del lomo que en el resto del cuerpo.

Aldinegro, el que tiene el pelo castaño por la parte superior del cuerpo y negro por la parte inferior.



Barroso, es el de color amarillento sucio.

Berrendo, toro cuya piel es blanca y tiene manchas desiguales coloradas, negras ó cárdenas.

Cárdeno, es el de pelo color ceniza, más ó menos oscuro.

Colorado, es semejante al castaño; cuando este color es muy encendido, se denomina *Gijón*, por la abundancia que tenía de estas reses el ganadero D. José Gijón.

Chorreado, se llama al toro cuyo pelo aparece con rayas verticales más oscuras que el resto del cuerpo.

Se da el nombre de toro *ensabana-*
do al que tiene el lomo, costillares y vientre blancos, y jabonero, al que tiene el pelo de color blanco sucio.

Cuando el color del pelo se acerca más al colorado que al castaño, se le llama *retinto*, que puede ser en colorado, en castaño ó en negro, según á la tonalidad que más se aproxime.

Sardos, son los que tienen mezclados en la piel manchas coloradas blancas y negras.

Botinero, es el toro que tiene las patas de diferente color que el resto del cuerpo.

El toro que tiene la cabeza y el cuello de distinto color que el cuerpo, es el llamado *Capitate*. Y *Careto*, el que tiene blanca la cara y oscuro el resto de la cabeza ó viceversa.

Listón, es el toro que tiene una raya estrecha en el espinazo, más clara ó más oscura que el resto de la piel.

El toro negro que tiene el lomo castaño más ó menos oscuro, es *lombardo*.

El que tiene manchas blancas pequeñas sobre fondo castaño, colorado ó negro, se llama *nevado*.

Meleno, es como indica su nombre, el que tiene mucho pelo en el testuz.

Ojalado, es el que tiene un cerco alrededor de los ojos de distinto color que el de la cabeza; si el cerco es rojizo, se le llama *ojo de perdiz*; si es negro, se le denomina *ojinegro*.

El toro que tiene el hocico blanco y el resto de la piel de la cabeza de otro color, es *rebarbo*.

El que tiene manchas blancas grandes diseminadas en el cuerpo, se llama *salpicado*.

En cuanto á la forma de los cuernos, se denomina á los toros asimismo de distinta manera, como puede verse:

Bien puesto, es el toro cuyas astas son de las dimensiones regulares y apropiadas á las que exige la buena lidia.

El toro que tiene las astas en su direc-



ción natural, pero demasiado grandes, es *cornalón*.

Corniabierto, si tiene las astas muy separadas, y si lo contrario, *corniapretado*.

Es *Cornigacho*, el toro que tiene las astas bajas, y *corniveleto*, el que las tiene poco vueltas y altas.

Cubeto, es el que tiene las astas muy caídas y casi juntas por los extremos.

El toro que tiene las puntas de los cuernos poco agudas, se llama *hormigón*, y *mogón*, cuando una ó las dos puntas son enteramente romas. Si uno ó los dos cuernos forman astillas por la punta, debido á que la res haya embestido contra un cuerpo duro, se llama *astillado* ó *despitorrado*.

Al toro que tiene un asta más corta ó más baja que la otra se le denomina

biçco. Cuando el toro tiene los cuernos delgados y brillantes, se dice que es *astifino*.

Hay otras muchas denominaciones que no incluimos por ser poco frecuente que se ofrezcan en los toros de lidia.

EFEMÉRIDES TAURINAS

Plazas de Toros.—Cogidas.—Varios.

1874.—Se estrena la Plaza de Madrid.

1885.—Un bucy escapado mata en la Puerta del Sol á un hijo de D. Joaquín Davara.

1839.—Muere Pedro Romero.

1878.—Se celebra la corrida de toros por casamiento de Alfonso XII con la Reina Mercedes.

1800.—Muere Joaquín Rodríguez (Costillares).

1870.—D. Ma-



Conducción de toros con cabestros.

nuel María Santa Ana pide en el Senado el restablecimiento de escuelas de tauromaquia.

1612.—Se otorga el primer privilegio para dar corridas de toros.

1887.—Se establece en Barcelona un centro taurino.

1860.—Se celebra en Sevilla una corrida á beneficio de los heridos de Africa.

1810.—Nace Manuel Domínguez (Desperdicios).

1862.—Nace Rafael Guerra (Guerrita).

1883.—Quedan prohibidos por una ley los

1804.—Se estrena la ganadería de Freire, luego de A. Hernández, hoy de Udaeta.

1883.—Idem la de D. Jacinto Trespalacios.

1849.—Idem la de D. Juan Miura, hoy don Eduardo.

1884.—Idem la de D. José Gómez, hoy Medrano.

1875.—Idem la de Adalid, hoy D. José Orozco.

El 12 de Octubre de 1629, se efectuó en la Plaza Mayor una solemne fiesta de toros y cañas para celebrar el casamiento de la pro-



Pasando un río.

toros en Montevideo desde el 31 de Marzo de 1890.

1818.—Nace José Redondo (Chiclanero).

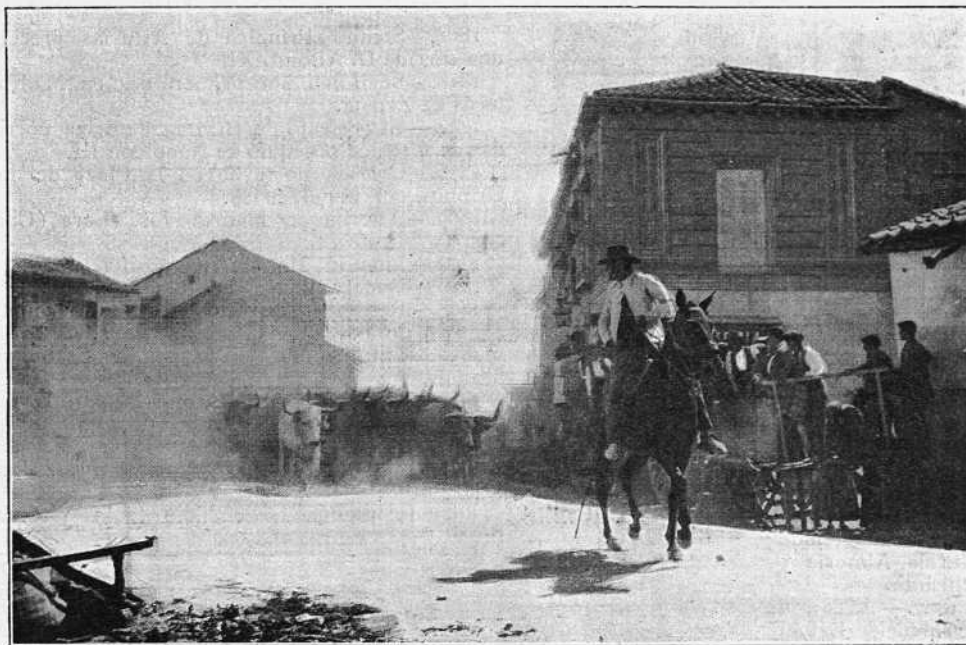
1834.—Por Real orden se cierra la escuela de tauromaquia de Sevilla.

1853.—Se estrena la ganadería de D. Vicente Martínez, alterna en Madrid Gonzalo Mora y se verifica el entierro del célebre (Chiclanero) al que asisten muchos grandes de España y 104 coches.

1880.—En Alameda, unos toros escapados disuelven la procesión de la Soledad.

metida del Príncipe de Gales con el Rey de Hungría. Hubo fiestas cuarenta y dos días y en ellas se gastaron doce millones de reales. En estas fiestas se presentó el Conde de Villamediana ostentando por divisa algunos reales de plata y este mote: «Son mis amores».

En Agosto de 1623, fiesta de toros en honor al Príncipe de Gales en la Plaza Mayor, en la que por primera vez se usó de las mulas para sacar del circo los toros después de muertos. Se debe esta invención al corregidor de Madrid D. Juan de Castro y Castillo.



El encierro pasando por un pueblo.

1880.—Se estrena la ganadería de D. Juan Antonio González.

1828.—Idem la de Ortiz, luego Arias y Núñez de Prado, hoy Pacheco.

1858.—Se escapa del encierro un toro de Saltillo, que mató á un estudiante.

1838.—Nace Antonio Carmona (Gordito).

1862.—Muere José Rodríguez (Pepete).

1876.—Con una corrida celebran en Eilbao el levantamiento del sitio.

1885.—Muere José Gómez (Gallo).

1858.—Nace José Bayard (Badila).

1889.—Muere Manuel Fuentes (Bocanegra).

1829.—Se suspenden las corridas por muerte de la Reina doña María Amalia.

1801.—Muere José Delgado (Hillo).

1878.—Se inaugura la Plaza de Tetuán (Madrid).

1867.—Alterna en Madrid Francisco Arjona Reyes (Currito).

1864.—Se lidia en Ronda el célebre toro *Marismeño*, que tomó 51 varas.

1848.—Nace Francisco Parente (Artillero).

1884.—Alterna en Madrid Luis Mazzantini.

1857.—Terrible cogida de Domínguez en el Puerto de Santa María.



Conducción en cajones.

1879.—Gran festival celebrado en París á las doce de la noche, á beneficio de las víctimas de la inundación de Murcia, Almería y Alicante.

1887.—Alternan en Madrid Rafael Guerra (Guerrita).

1882.—Mata por primera vez en Madrid Manuel Diaz (Lavi).

1789.—Sufre una grave cogida Pepe-Hillo.

1755.—Gran corrida Real por los desposorios de Carlos IV con María Luisa.

1856.—Nace Luis Mazzantini.

1821.—Nace Cayetano Sanz.

1868.—Siendo Príncipe de Asturias preside una corrida D. Alfonso XII.

1818.—Se lidian por primera vez en Madrid toros de Zapata.

1854.—El prefecto de Bayona autoriza corridas de toros en obsequio de Napoleón III.

1879.—Corrida nocturna en la Plaza de los Campos, con luz eléctrica.

1869.—Alternan en Madrid José Lara (Chicorro).

1874.—Idem íd. Manuel Hermosilla.

1826.—Nace Angel López (Regatero).

1868.—Rescinde el Gordo su contrato con la empresa de Madrid.

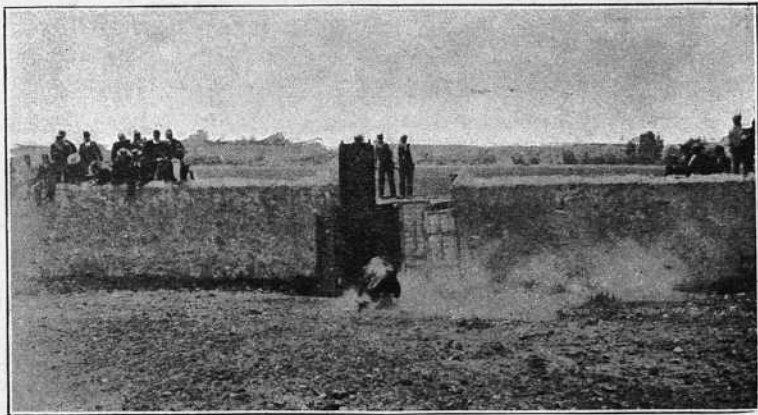
1850.—Sufre una grave cogida Francisco Montes.

1878.—Muere Domingo Granda (Francés).

1831.—Nace Antonio Sánchez (Tato).

1837.—Nace Juan Mota, banderillero.

1888.—Mata en Madrid por primera vez José Rodríguez (Pepete).



Desencajonamiento en el cerrado.

1754.—D. Fernando VI concede la pertenencia de la Plaza de Madrid á la Congregación de Hospitales.

1860.—Sufre una grave cogida Julián Casas.

1866.—Nace Antonio Moreno (Lagartijillo).

1847.—Nace Antonio Pérez (Ostión).

1827.—Por Real orden se permite trabajo en Madrid á Roque Miranda.

1888.—Muee Manuel Martínez (Manene).

1888.—Mata por primera vez en Madrid Antonio Moreno (Lagartijillo).

1854.—Nace Manuel Martínez (Agujetas).

1844.—Nace Salvador Sánchez (Frascuelo).

El 21 de Septiembre de 1883, un toro de Pérez de la Concha coge á Angel Pastor en la Plaza de Valladolid y le da una cornada en el pecho interesándole hasta la clavícula.

El 4 de Agosto de 1857 se inaugura la Pla-



Desencajonamiento en el campo.

1865.—Alterna en Madrid Rafael Molina (Lagartijo).

1867.—Idem Salvador Sánchez (Frascuelo).

1832.—Mata por primera vez en Madrid Antonio Sánchez (Tato).

1607.—Fiestas reales por el nacimiento de D. Felipe IV.

1885.—Se suspenden los espectáculos tauromáquicos por muerte de D. Alfonso XII.

za de Toros de Santander con tres reses de Veragua y tres de Rodríguez, de Benavente, lidiadas por Curro Cúchares y el Tato.

El 16 de Agosto de 1883, un toro de Patilla, llamado *Malos pelos*, alcanza á Guerrita (entonces banderillero) en la Plaza de Orihuela y lo arroja con el testuz contra la barrera, evitando el Gallo que le volviese á recoger.



Presenciando el desencajonamiento.

pas republicanas al mando del general Contreras y reducidos á la obediencia los milicianos sublevados que se habían hecho fuertes en ella.

El 12 de Mayo de 1898 se celebra en la Plaza de Toros de Madrid una corrida cuyos productos se destinan á contribuir á la compra de barcos para la guerra con los Estados Unidos. Lidiáronse doce toros de Udaeta, Miura, Veragua, Vicente Martínez, Aleas, Félix Gómez, Herederos de F. Gómez, Anastasio Martín, Trespalacios, Biencinto, Esteban Hernández y Marqués de los Castellones.

Fueron toreados por Mazzantini, Valentín Martín, Guerrita, Torerito, Lagartijillo, Minuto, Reverte, Fuentes, Bombita, Villita, Cacheta y Pepete, sin cobrar honorarios. La corrida produjo cerca de millón y medio de reales.

El 15 de Diciembre de 1862, nace Rafael Bejarano (Torerito).

El 28 de Noviembre de 1820, nace Carlos Albarán (El Buñolero).

El 1 de Enero de 1847, nace Manuel Hermosilla.

El 4 de Abril de 1880, toma la alternativa Fernando Gómez (Gallo).

El 2 de Enero de 1855, nace Juan Ruiz (Lagartija).

El 12 de Abril de 1860, sufre una grave cogida

El 20 de Junio de 1833, fiesta real de toros en la Plaza Mayor para celebrar la jura de la Princesa de Asturias Doña Isabel de Borbón.

El 21 de Septiembre de 1883, se inaugura la Plaza de Toros de Tarragona con seis toros de Antonio Hernández, por Lagartijo y Paco Sánchez, éste en sustitución de su hermano Frascuelo.

El 4 de Junio de 1843 se inaugura la Plaza de Toros del Puerto de Santa María con reses de Anastasio Martín, lidiadas por Gordito y Lagartijo.

En 23 de Abril de 1873, es tomada la antigua Plaza de Toros de Madrid por las tropas



Desencajonamiento en la Plaza.



Toros en los corrales.

El 12 de Abril de 1860 sufre una cogida grave Domingo Granda (El Francés).

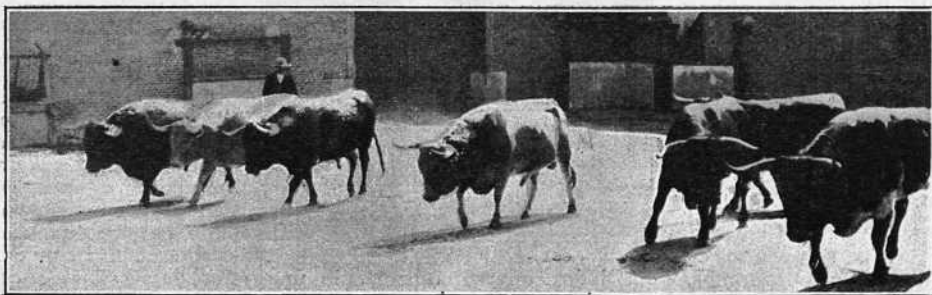
El 15 de Agosto de 1880, muere Nicolás Fuertes (Pollo).

El 2 de Junio de 1901, un toro de Villamarta, llamado *Naranjero*, corrido en cuarto

lugar en la Plaza de Toros de Algeciras, coge al Algabeño al entrar á herir, lo empunta por el cuello y saca el pitón por la boca. Herida grave.

(Por la recopilación).

Roberto de Palacio.



El apartado.

— ❧ Prueba de caballos. ❧ —

A fin de evitar en lo posible los graves inconvenientes á que da ocasión las malas condiciones de los caballos que para su faena han de montar los picadores, tanto porque si son ingobernables ó muy débiles no permiten al picador ejecutar la suerte como es debido, cuanto porque, padeciendo enfermedades contagiosas, que el toro puede transmitir si por desdicha cogiera á un torero después de haber corneado á uno de estos caballos, establecióse á fines del siglo XVIII la costumbre de conocer y probar los caballos que el contratista presentaba.

El reconocimiento deben hacerlo los profesores veterinarios, cuya certificación determina si pueden utilizarse ó no las cabalgaduras, siendo obligación ineludible del contratista retirar y sustituir aquellas que no reuniesen condiciones de salud, á juicio del veterinario, ó de resistencia y docilidad, á juicio del picador.

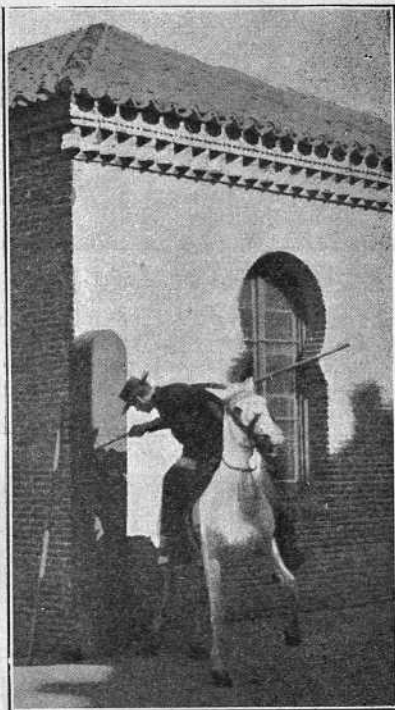
Para esto último, los picadores acostumbran ir á la plaza horas antes de la corrida, escogen los caballos que han de montar, y ensillados convenientemente, proceden á la prueba, no sólo de su manejo, sino también de sus facultades,

para lo que se sirven de una garrocha, con la que ejercitan la suerte sobre una pared, ó un pilarote, procurando hacer la mayor fuerza de riñones posible para conocer si tienen la resistencia necesaria.

Los caballos escogidos por cada picador, deben serle reservados para la corrida, y sólo en caso de inutilizarse todos en ella, debe montar indistintamente cualesquiera otros de la caballeriza, sin derecho á elección.

Pero, á pesar de lo mucho de que depende la vida del picador de las condiciones del caballo, se ha basardeado de tal modo la elección de caballos, que hoy en día, por mucho que quiera elegir el picador, difícil le será encontrar cabalgadura á propósito para ejecutar su peligrosa y primordial suerte.

En efecto, los caballos que se destinan hoy para el primer tercio, son animales desechados de tiro y de labranza, que no tienen salida en el mercado si no es para morir corneados en el circo y dar al espectáculo una nota desagradable, causa principal de la antipatía con que en algunas partes se le considera.



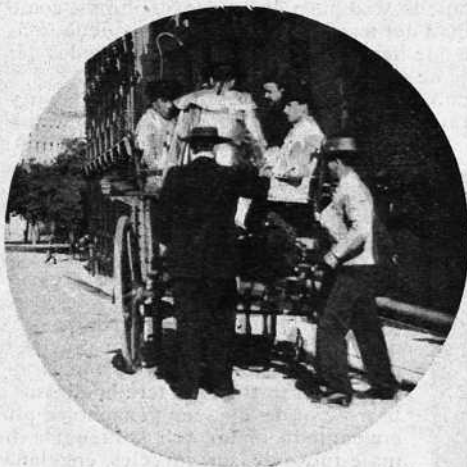
¡A los toros!

Día festivo; las tres de la tarde; un sol primaveral que baña con su luz espléndida cuanto alcanza; que caldea la brisa saturada de perfumes de flores, poniendo en el corazón anhelos de vida, felicidades de juventud.

Las calles están llenas de gente; el señorío

madrileña y el pueblo, á los toros, á la fiesta española que, caso de desaparecer, borraría completamente el recuerdo de nuestro país en otros países.

Las jardineras, las tartanas y los simones se toman por asalto; bulliciosa, impaciente, la multitud que va á



medio va á lucir lo único que puede lucir, la indumentaria. á la que todo lo sacrifica, á los paseos donde se exhibe la persona sin dañar el bolsillo; la aristocracia

los toros teme llegar tarde, y llegar tarde lo considera llegar después de haber sonado el clarín, aun cuando no hayan pisado aún el ruedo las cuadrillas.



Dos horas antes de la que anuncian los carteles para dar principio á la fiesta, los coches, atestados, marchan en pintoresca confusión hacia la Plaza, al cansino galope de sus cabalgaduras, que, hostigadas por el látigo y por la voz, logran sostener este paso.

La enorme jardinera de ochenta asientos, contando los de encima de la techumbre, que por su altura compiten con los pisos principales y que prefiere la gente joven para contemplar el panorama é ir dando voces y soltando ternos, arrastrada por seis ú ocho caballos enjaezados, á cuyo trote suenan los cascabeles de sus colleras; la modesta tartana que á diario hace el servicio de las estaciones á las fondas y el día de toros el de la Puerta del Sol á la Plaza, mézclanse con la manuela y la berlina, de lujo ó de alquiler, en las que lucen las madrileñas su gentileza y su hermosura, realizada por la mantilla blanca ó negra, las flores de vivo color, el pañuelo bordado y el vestido primaveral, y los hombres su traje de fiesta, su sombrero ancho y su puro de quince céntimos, como duques en posesión de la mitad del territorio que atrás se queda, más felices con el espectáculo de que han de ser testigos, que con todas las satisfacciones de otra índole que pueda ofrecerles el porvenir.

Y no concluye con lo dicho cuadro tan pintoresco. Entre tartanas y jardineras, simones y de lujo, que arrastra un matalón ó un soberbio

tronco, destácase el tranvía eléctrico, cargado hasta los topes, que con su campana de aviso en incesante toque, contribuye á la algarrabía, mezclándose al vocerío y al cascabeleo y al rodar inacabable de tanto vehículo á la carrera.

Caballeros en sus corceles, con su largo sable y su casco bruñido los municipales de creación reciente caracolean entre el tumulto, obligando á los aurigas que se desmandan por llegar antes y quieren romper el orden de la marcha, á que continúen en su turno; muy estirados y muy graves, como impuestos de la importancia de su misión, los aguacilillos, con su traje de terciopelo, su capilla corta, su sombrero casi de teja, con penacho de plumas, y su junco en la enguantada mano que sostiene la brida, marchan al paso majestuoso de sus corceles, engalanados con la trenza de color entre las crines y en la baticola, con las charoladas guarniciones y el brillante hebillaaje; el picador sobre su jamelgo, con el mono sabio á la grupa, alegra el conjunto, y mucho más aún lo abrillantan, los carruajes de las cuadrillas, que pasan velozmente, haciendo culebrear al sol los caireles de oro de sus trajes y de sus capotes de lujo, resaltando sobre los vivos colores de la seda del terro y de la capa.

En las inmediaciones del circo, la animación y el tumulto



umentan. La gente baja precipitadamente de los coches; todos quieren entrar al mismo tiempo y ante las puertas se aglomera el gentío que poco después llenará la Plaza. Media hora de incesante fragón ha bastado para trasladar á los espectadores y para que la carrera que tan brillante cuadro ha ofrecido, recobre su aspecto habitual. El público de á pie tampoco se retrasa, porque lo toma con más tiempo; los paseantes que al borde de las aceras formaban filas para ver el desfile, continúan su marcha y fuera del circo sólo dan testimonio de la fiesta que se ofrece dentro, los carruajes que aguardan á sus dueños, agrupados aquí y allá, y un enjambre de golfos que con agilidad y destreza de micos encarámanse por las tapias, á favor de los desconchones, para escalar una ventana, y aprovechando un descuido del vigilante, saltar dentro, deslizarse por los pasillos y nada más, porque cada puerta de ingreso al redondel está custodiada por dos hombres cuya inspección es muy difícil burlar, como no sea metiéndose entre el público, muy agachadito, cuando la aglomeración lo permite, y exponiéndose



Alrededores de la Plaza á la hora de la corrida.

dose á un coscorrón, si el ardid se descubre, y por de contado á multitud de pisotones; todo lo cual bien puede soportarse por el placer de ver la corrida sin pagar billete.

Ya están los tendidos llenos de gente. Destácanse en las localidades de sol abanicos de papel de colores y sombrillas, con los que tratan de resguardarse sus dueños de los rayos abrasadores. Aún sigue entrando gente que parece imposible que pueda encontrar acomodo dentro de la Plaza; y, sin embargo, distribuida, va colocándose en los tendidos.

Los espectadores que pasean por el redondel saltan la barrera al ver á los mangueros que se disponen á regar la arena con el largo tubo de cuero enchufado en mitad del anillo.

El patio de caballos ofrece, al mismo tiempo, una animación extraordinaria. Entre un público numeroso que se aglomera y se estruja, vése á los picadores, caballeros en sus jamelgos, caraco-

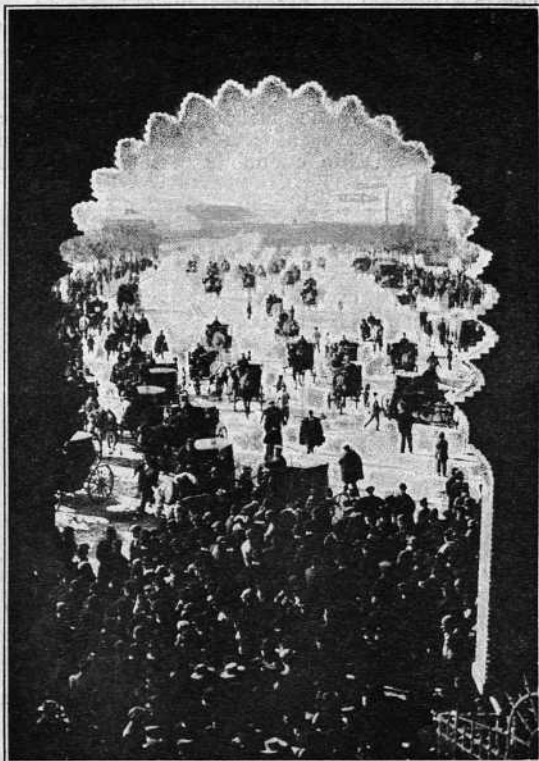
leando, para probar las condiciones de montura.

Las mulillas enjaezadas, con sus banderolas sobre el lomo, aguardan á un lado; los toreros conversan con sus amigos en los corros que inmediatamente se forman, en cuanto se dignan pronunciar una palabra, que invariablemente causa la admiración de los que la escuchan.

Dos minutos antes de la hora, las cuadrillas se dirigen al callejón, y ante la puerta de salida al ruedo, aguardan el instante en que el clarín avisa.

Llegan allí mezcladas las voces del circo produciendo un rumor extraño, y á la brillante luz que inunda la Plaza, vese hormigear el gentío impaciente en las localidades. El minuto que falta parece un siglo, pero transcurre al fin.

Da la señal el presidente, agitando su pañuelo blanco, y los toreros se lían los capotes de lujo, colócanse en orden de desfile, y al sonar el clarín, y al



Entrando en la Plaza.



En el patio de caballos.

romper la charanga con el paso doble que debe acompañar el paseo, ábrese la puerta; y las cuadrillas, marchando marcialmente, hacen irrupción en el redondel entre los aplausos del público y los bélicos acordes de la música.

El espectáculo es pintoresco. El sol arranca á los vivos colores de los trajes y á las luces de plata y oro que los adornan, destellos que deslumbran. Tanta brillantez enardece los ánimos, con una fuerza á que nadie puede sustraerse.



Preparándose para el paseo.

Si del espectáculo nacional abominan algunos desde el punto de vista humanitario, es indudable que ante la grandiosidad que presenta, son muy pocos los que no se rinden; especialmente, el momento en que las cuadrillas aparecen en el redondel, es de una brillantez y de una alegría incomparables, que por sí solas bastan para defender la fiesta de toros, que sin duda podría armonizarse con los sentimientos humanitarios.

E. Contreras.



El paseo.

LA CORRIDA

Preliminares.

Rompen la marcha los alguaciles; van detrás los espadas al frente de sus respectivas cuadrillas de banderilleros y picadores, precedidos de monos sabios, y cierran la comitiva las mulas del arrastre. Frente al palco presidencial, detiéndose todos, y después del saludo, cada cual marcha por su lado. Las mulillas salen del redondel; los picadores de tanda ocupan sus puestos al abrigo de la barrera; los demás se

retiran; cambian los diestros sus capotes de paseo, que van á adornar las barandillas de palcos, gradas y tendidos, donde algún ami-

go, deseoso de demostrar su intimidad con el torero, los reclama, por los de brega.

Uno de los alguaciles reaparece en el redondel con la llave de los toriles; á él se dirige el *Buñolero*, célebre por su antigüedad en la Plaza, por su traje raído y por su ancianidad venerable,



y con la monterilla en la mano, recoge la llave, procurando esquivar los caracoleos del corcel. Al galope de su hermoso caballo, retírase el alguacil, saludando á la presidencia, en tanto que el *Buñolero* se dirige á su sitio. Ciérranse las compuertas del redondel, van los toreros á ocupar su sitio cerca de los picadores, que aguardan preparados, y suena el clarín con aco-

pañamiento de timbales.

El *Buñolero* que espera este aviso, descorre el cerrojo y abre la puerta. En la oscuridad del chiquero, el toro nótase deslumbrado repentinamente por aquella claridad que delante se ofrece y á ella se precipita, ansioso de luz y de aire, algunas veces con tanta rapidez, que apenas deja tiempo al *Buñolero* para abrir la puerta del todo, y le ayuda con un violento empujón de su cuerpo robusto.

Otras veces, las menos, tarda el toro en salir, porque la luz le ciega y necesita reponerse de la impresión antes de lanzarse.

Casi todos los toros, con ansia de libertad y dispuestos á la pelea, salen corriendo y acometen al primer bulto en que se fijan; otros se paran en medio de la Plaza, dirigen los ojos inquietos á cuanto en ella se mueve, y des-

pués de breve indecisión, se lanzan como flechas hacia el objeto más cercano.

Los hay también que salen lentamente, ó que barbeando las tablas y dando saltos, dan una vuelta al redondel, acometiendo al paso á los picadores y á los toreros, pero sin interrumpir su marcha, sin fijarse en otra cosa que en el bulto. Y aquí de los peones, que deben procurar con sus capotazos fijarle y mejorar sus condiciones ó sus tendencias para la faena de varas.



Entregando la llave.

—

Acerca del traje que visten los toreros, parecemos curioso consignar algunos pormenores. Cuando la lidia de reses bravas comenzó á regularizarse, adquiriendo la calidad de profesión, fué constituyendo la indumentaria una de las preocupaciones del torero. No se procuró, al adoptar un modelo determinado de trajes, idear el que menos peligros pu-

diera ofrecer para los incidentes de la lidia. En esto, como en todo, las primeras figuras vistieron como les vino en gana y los demás les imitaron sencillamente.

En un principio, los organizadores de las corridas estaban obligados á sufragar el gasto de la ropa con que los toreros se presentaban

ante el público. De aquí que el espectáculo no ofreciera ese conjunto pintoresco de colores que ofrece hoy, ni los toreros pudiesen lucir la gallardía que realza el traje actual.

En la época de Pedro Romero, usábase el calzón y el colete de ante, éste con mangas acolchadas, ceñido á la cintura con ancha correa, completando el traje las medias blancas y el zapato con hebi la.

Después se generalizó el uso del traje de un solo color, compuesto de chaquetilla con aldetas y calzón corto, adornados con pasamanería negra, media blanca, zapato con hebilla, capote, sombrero de medio queso, trenza de pelo, redecilla para recoger el pelo y peineta.

Toda la cuadrilla solía vestir del mismo color que el espada, diferenciándose solamente en la calidad y cantidad de los adornos.

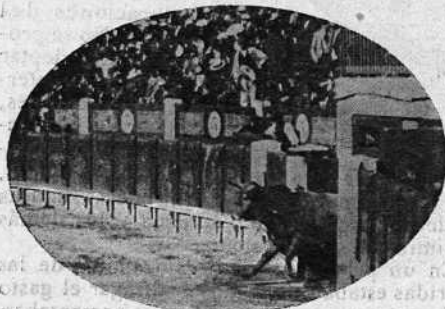
Más tarde se sustituyeron los adornos negros por galones de plata, cuyo ancho diferenciaba á los matadores de los demás individuos de la cuadrilla. También se distinguían éstas por el color de sus capas, que era igual para todos sus individuos.

A principios del pasado siglo, nuevas reformas dieron al traje el aspecto que hoy tiene, aunque no tan lujoso. Púsose en moda la seda para los vestidos de torear y el oro y la plata para los adornos y se sustituyó la trenza y la peina por la coleta y la moña.

A medida que la profesión ha ido elevándose, la afición cundiendo y la ganancia del lidiador aumentando, ha ido también sufriendo reformas el vestido, pero solamente en la riqueza de su aspecto, que hoy es verdaderamente extraordinaria y constituye por sí solo la nota más brillante de la corrida, lo más pintoresco y lo más alegre de la fiesta.



Abriendo el toril.



El toro en la arena.

LANCES DE CAPA

El toro está en la Plaza; los lidiadores dispuestos para empezar el ejercicio de su profesión.

Hay que preparar á la res para que pase á jurisdicción de los picadores de aplomo y fijeza.

Para mermar facultades al toro, el peón le llama con el capote, y cuando aquel ha dado la arrancada, lo extiende, reteniéndolo por una punta, y corre por derecho, procurando

peón puede hacer ondular el capote si ve que la res le gana terreno, ó en último término, tapanle, arrojándole el capote á la cara.

Si el toro sale muy corredor y con muchas facultades, el peón procura recogerle en los vuellos del capote, para lo cual se

siempre no echar mano del feo recurso de recortar, que el lidiador carece de recursos y procede con malas artes para salvar el cuerpo, pudiéndolo hacer de buena manera, quebranta al animal y hasta puede inutilizarle. El



Preparando para la suerte de varas.

coloca de frente con éste, sostenido en ambas manos, deja llegar á la res, y entonces, sin mover los piés, le empapa y vacía, estirando bien los brazos y manteniendo erguido el cuerpo. Esto es lo que se llama capeo á la verónica.

El capeo á la navarra, se efectúa colocándose el torero como si fuese á dar una verónica; marca la embestida de la res y empieza la suerte, hasta que ya en jurisdicción, y viendo bien humillada y pasada la cabeza, retira el capote por abajo y da una vuelta en redondo al lado contrario del en que marcara la salida, y queda otra vez frente al cornúpeto.

El toreo de frente por detrás lo practica el diestro con la capa á todo



Capeo de frente.

vuelo y cogida con los brazos por detrás, cuidando de empapar y vaciar mucho á la res por uno de los lados. Para el capeo á la limón, cogen dos toreros un capote por cada una de ambas puntas, y cuando el toro engendra el movimiento,

del hombro ó por bajo del sobaco. Además de estas maneras de capear, se conocen y aun se practican algunas otras que las terminan los diestros con jugueteos y adornos de gran lucimiento, como son: arrodillarse ante el toro, rascarle el testuz, tocarle un cuerno, po-

tienden el percal y lo sacan por alto.

El farol se ejecuta en su primera parte como una verónica; pero en el momento de sacar el capote de delante del toro, se hace un movimiento que semeja al de ir á ponérselo el diestro en los hombros le da una vuelta alrededor de la cabeza y lo vuelve á su anterior posición, ó lo pone en realidad sobre los hombros, con lo cual termina el capeo galleando. Para ejecutar la larga, tiende el lidiador el capote, cuando arranca el toro lo embebe bien, sirviéndose de una sola mano, y después de darle la salida lo fija y pára bien, trayéndose la punta del capote por encima del sobaco. Además



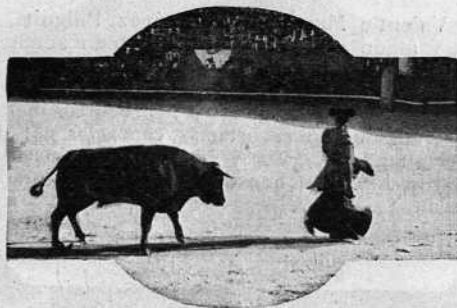
Tocando el testuz.



Corriendo por derecho.



Toreando á la limón.



Rematando una larga.



Después de un lance.

nerle la montera entre los pitones, sentarse en el estribo de la barrera, quedarse parado de espaldas y muy próximo á la fierra, etc., etc.

Todo ello, al par que anima la fiesta y aumenta sus atractivos, prepara al toro para que entre aplomado en la suerte de varas y el picador pueda lucir su habilidad.

Lo que no ha de hacer nunca el torero y los hay que cuanta mayor es su fama y nombradía, más lo hacen, es distraer la atención del toro de la suerte de varas por lucirse ellos y ganar la voluntad del público, porque, además de ocurrir muchas veces que protesten los inteligentes y les llamen la atención para que cesen en sus monadas, el toro llega á los picadores demasiado quebrantado, y claro es que se aplo-

ma en el segundo tercio y en la suerte suprema está sin poderse mover.

Las reses de muchas libras suelen tener pocos piés y no es prudente correrlas mucho, ni lo que en términos técnicos se llama quitarles facultades.

Estos toros, si á su condición de tener pocos piés, reunen, claro es, la nobleza y bravura, consienten mejor que ningún otro que el lidiador luzca todo lo que sabe, que se estreche y que juegue bien los brazos. Entran mejor á los caballos, suelen ser pegajosos y el picador puede ejercer su arte descansadamente.

El banderillero tiene ocasión de poner esos maravillosos pares de frente, citando corto, andando hasta la cara y levantando bien los brazos, á la manera de como lo practicaban



Un adorno.

Rafael Molina, Guerrita, Valentín Martín, Angel López, Pulguita, Armilla, Mogino, Angel Pastor, Antonio Fuentes, y algún otro cuyo nombre no me acude á la memoria en este momento.

Las reses pequeñas, vivas y ligeras, necesitan que el lidiador las pare y las fije; pero tampoco esto quiere decir que el torero deba usar de todos los recursos malos de que se puede echar mano para quebrantarlas, tales como recortarlas, capearlas por debajo, etc. Además, se le priva al espectador de ver la tan arriesgada y bonita suerte de parear quebrando, en la que fueron maestros, entre otros, José Sánchez del Campo (Cara-ancha) y Fernando Gómez (el



Volviendo al toro á la suerte.

Gallo), y la ya casi olvidada de matar recibiendo, en la cual Salvador Sánchez (Frascuero) era de los pocos que quedaban (si no el único) que la ejecutase.

Pero, si en vez de concretarse el lidiador á preparar al toro para el primer tercio, se ocupa solo de atraer hacia sí la atención del público, sin cuidarse de lo que conviene á la buena lidia, lo más frecuente es que los toros, por buenos que sean, se estropeen y la lidia sea irregular, y sólo con pretextos y ocasiones de censura.

Al director de plaza, en primer lugar, y al presidente de la corrida, compete mirar por el buen orden y acertada disposición de la fiesta.



La suerte

de varas

Que diga yo cómo se debe picar, pretenden unos buenos amigos míos que, sin desconocer mi debida modestia, mis respetos para con el público, dueño y señor á quien siempre trato de agradar, hacen arma contra mí de los treinta ó más años que llevo en el ejercicio de mi profesión para que no me niegue á su demanda.

¿Cómo se pica? ¿Cómo se debe de picar? Yo no sé explicarlo... sé hacerlo, es decir, creo que sé, si no con maestría, al menos con entusiasmo por mi profesión. ¿Es que no hay otros con mucho mejores títulos que yo para explicar eso? ¿No se convencen, eh? Pues bien, sea. Pero conste siempre que el público, ese bondadoso público á quien tanto debo, me desautorizará en

cuanto lea lo que me dicta mi pobre criterio y compare con lo que hago, en el redondel ante los toros. Ustedes tendrán la culpa; y les remorderá la conciencia, porque yo prometí no ocultarles los disgustos que me proporcione el haber dejado la puya por unos momentos para tomar la pluma que ustedes se dignan poner en mis manos.

En fin, basta de preámbulo, y... allá voy, con la venia de mis respetables lectores.

He aquí, en mi concepto, las tres primeras cosas que hacen falta para picar toros: mano izquierda, pulso y dominio del caballo.

La otra cosa que viene inmediatamente después, y de la cual depende, en la mayoría de los casos, el acier-



Citando y entrando.

to en el ejercicio de la profesión, es la cabalgadura que necesita el picador. Con caballo que obedece mal á la rienda, que es receloso, que se asusta ó hace extraños ante la res (como lo estamos viendo á menudo), claro está que no puede salir airoso el lidiador. ¡Ah, si pudiéramos nosotros cambiar de caballo como los matadores de mula cuando así es preciso!... Si cuando nos convencemos ante la res de que esta no acude por causa del caballo nos retirásemos para que nos diesen otro... y nos lo diesen...

Antes de entrar á definir á mi modo la manera de ejecutar la suerte de picar, voy á permitirte unas observaciones que someto á la consideración de cuantos lean esto.

¿Hay alguna razón, si no es la rutina, para que el picador esté en la arena cuando sale el toro, siendo así que antes de entrar á los caballos ha de ser capeado para que pierda piés, se aplome y facilite al lidiador el me-

yor acierto y lucimiento en la suerte y que éste cumpla de modo gradual sus fines de preparar á la res para los dos tercios sucesivos?

¿Qué vemos cuando el toro, alocado, ciego ante los torrentes de luz que le deslumbran de pronto al salir de la oscuridad del chiquero arremete al picador? ¿Vemos arte? ¿Vemos, en realidad, cumplirse el primer tercio? No; lo que vemos casi siempre es que jinete y caballo caen confundidos en la arena, ó que si el picador— como es lógico que

suceda—no ha podido prepararse á la acometida, como el arte manda, y tiene la suerte de rodar por el suelo y no la desgracia de caer sobre el testuz, en cuyo caso es del toro, se defiende como puede y el toro recibe el puyazo en cual-

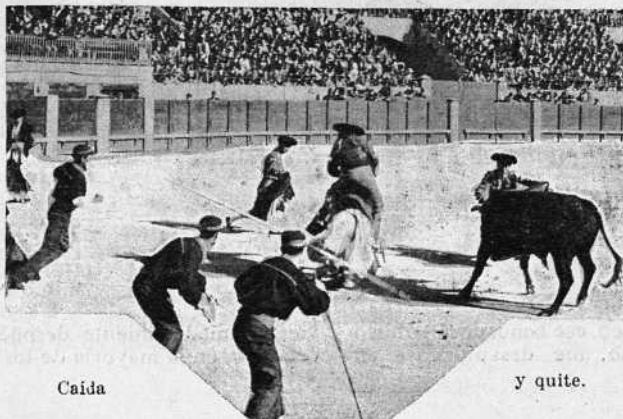
quier parte, puyazo que puede ser un rajón que le inutilice, ó, por lo menos, que le dañe mucho.

Hechas estas observaciones, entro en materia.

Para ejecutar bien la suerte de picar, se coloca el picador



Puyazo recargando.



Caída

y quite.

en derechura de la fiera, cuarteando un poco al llegar cerca para darle salida, porque claro es que si no se desviase un poco, el encontronazo no permitiría ejecutar la suerte.

En el momento en que humilla, el picador pone la puya en el morrillo y carga sobre el palo, debiendo despedir á la res por la cabeza del jaco, al cual vuelve por la izquierda, evitando así que el derrote del toro alcance al caballo.

Vuelve á tomar el terreno que le corresponde y se prepara otra vez, claro está que ayudado por el capote del peón, que nunca debe faltar de junto al estribo izquierdo para llevarse al toro así que ha tomado la vara.

No todos los toros se pueden picar lo mismo ni en cualquier lugar del redondel. No se debe entrar á picar en las puertas fingidas ni en la del chiquero, porque, como todos saben, los toros allí pesan más. Tampoco, ni aun por alarde de valor, se debe picar en el mismo sitio del redondel donde la fiera se ha hecho pegajosa en la suerte; allí el picador lleva siempre la de perder, y es justo que trate de buscar ventaja para poder ejecutar mejor su cometido sin aumentar el riesgo.

Por lo general, el picador no se separa mucho de las tablas; pero hay toros á los que es preciso buscar algo más fuera si se quiere que entren.

A todos los toros se les pica con mucho palo; con poco no se puede evitar la cornada á la cabalgadura; y sólo cuando recargan y cuando el picador quiere apurar un caballo ya herido, es cuando acorta el palo; pero car-

gando siempre y empujando para evitar que el toro remate al caballo en el encontronazo, aun antes de que el picador pueda afirmar bien la garrocha.

Para picar á toro atravesado, que bien pudiera decirse al sesgo, no hace el picador el cite colocado en la rectitud de la fiera, sino presentándole el costado derecho; ya en esta posición le obliga, y cuando da el derrote, mete el palo el picador y juega la mano izquierda... si no se le olvida... para que el animal salga de la pelea.

Esta suerte suele practicarse cuando el toro ha tomado querencia á las tablas, refugándose en ellas.

El caballo que monta el picador al ejecutar la encontrada, ha de ser vivo y ligero; el jinete debe llevarlo al paso hasta cerca de la res y le sesgará entonces sin tajar la salida para poder efectuar la suerte sin grave peligro.

Mucho más, entiendo yo, en mi humilde opinión, que se podría decir acerca de la suerte de varas; pero no me lo permite el tiempo ni

el espacio y concluyo haciendo notar lo que va de ayer á hoy.

Ayer se decía: «¿Quién pica hoy?»

Hoy el picador viene á ser un auxiliar más ó menos complementario y ya no se dice como ayer: ¿quién pica hoy?, sino ¿quién mata hoy!



Caída al descubierto.

José Bayona

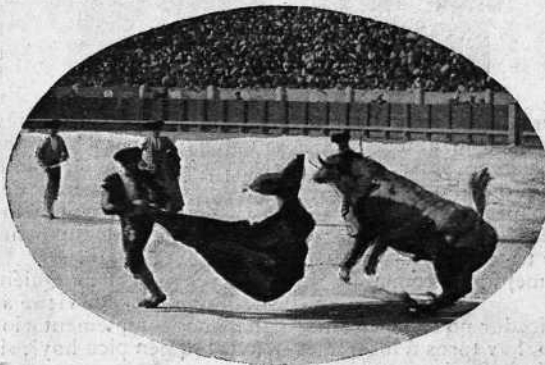


Un raigón.

✻ BANDERILLAS ✻

Los diferentes modos de banderillar á la manera que hoy se hace, dependen de las condiciones en que la res haya quedado al terminar la suerte de varas, y el torero que ha de ejecutar esta suerte, debe saber y emplear el que mejor convenga, para que el toro no pierda en facultades y su trabajo no resulte deslucido por verse obligado á salir sin clavar repetidas veces, como sin duda tiene que ocurrir cuando por obstinación ó por ignorancia se pretende emplear un medio contrario al que indican las condiciones del animal.

Es necesario para que la suerte luzca, que los peones preparen al toro, colocándolo en buen terreno; pero, como suele ocurrir que los toros no se prestan fácilmente á esta preparación, se hace preciso que el banderillero comprenda el modo que debe emplear y lo ejecute rápidamente.



Preparando para banderillas.

Con toros nobles y bravos pueden y deben emplearse todas las maneras de banderillar, menos las de recurso; pero generalmente la que se usa es la denominada al cuarteo, que consiste en colocarse frente al toro, cuadrar en el momento en que

éste se fije, y salir describiendo una curva, cuyo remate debe ser el sitio de encuentro, y al humillar el toro para embestir, meter los brazos, saliendo prontamente.

Las banderillas al quiebro deben ponerse sólo á los toros nobles y rápidos, que arrancan derechos apenas se les cita. El torero debe colocarse enfrente, con los piés juntos, citar, é inclinando el cuerpo á un lado para que el toro acuda en línea recta, erguirse en el momento del derrote, clavando los palos y dejando que la res continúe su rápida carrera.

Del mismo modo se ejecuta la suerte en silla, con los piés atados por el tobillo, sobre un pañuelo, etc.; pero son pocos los toros que llegan á este tercio con la bravura y las facultades necesarias para poderla ejecutar sin graves peligros y con lucimiento.

Con un bicho noble, si el banderillero tiene vista, puede emplearse el *par de frente*, que consiste en salir derecho hacia el toro, alegrando, y cuando éste arranca, cuadrar en la misma cabeza, juntar las manos y levantar los codos, quebrando en el momento en que la res humilla, para apartarse de su terreno.

Entre los recursos que deben emplearse cuando los toros no ofrecen las necesarias condiciones para ser pareados con lucimiento, el llamado *á la media vuelta* es el más corriente.

Se practica de varios modos, pero el más usual consiste en salir detrás del toro, y al llegar cerca, alegrarle con la voz. El toro se vuelve y hace por el torero, que en este instante debe clavar, saliendo con rapidez.

Para aquellos toros que ni á fuerza de capotazos puede lograrse que se separen de las tablas, es preciso banderillar *al sesgo*, pero esta es una suerte muy arriesgada, en la que el torero debe procurar ser muy listo. Un peón, desde la barrera, debe llamar la atención del bicho, el banderillero, al hilo de las tablas, dirijese de prisa hacia la cabeza del toro, y sin darle tiempo á que al verle arranque, mete los brazos y clava sin cuadrar, siguiendo rápidamente su viaje.

Ocurre á veces que, aun siendo noble el toro, se queda sin arrancar al cite del banderillero ó se para ya engendrado el viaje, y entonces debe alegrarle mucho para que humille, y logrado esto, clavar los palos, con objeto de evitar la salida en falso, que enseña mucho á las reses.



Citando.



Arrancando.



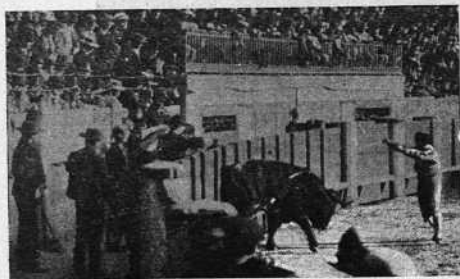
Un par á toro quedado.

También es lícito banderillar aprovechando un capote cuando los toros se revuelven, cortan el terreno, buscan el bulto, ó desarman.

Cuando el toro va embebido en el capote que persigue, el banderillero debe ir hacia él y á la distancia conveniente llamarle la atención, aprovechando el momento en que vuelve la cabeza para clavar los palos.

Cuando toman la querencia de un caballo muerto, es preciso sacarlos de allí, pues entrar á parear en tal sitio, añade un peligro más á los muchos que ya tiene la suerte. En efecto, la res no se fija entonces en el lidiador, y cuando lo hace al llamarle la atención con insistencia, da la arrancada con mucha rapidez y corta el viaje, sin dar tiempo á que el banderillero meta los brazos.

Debe procurar siempre el lidiador igualar á la res, clavar en lo alto, sobre todo; si su com-



Al sesgo.



Al cuarto.

pañero tuvo la desgracia de no colocar los palos en el morrillo, sino á un lado, él debe entrar á clavar por el sitio contrario, enmendando así en lo posible el perjuicio hecho á la res por el otro.

Deber del banderillero es también aligerar el tercio cuanto pueda y permitan las condiciones del toro, sin entretenerse mucho por cuidar de su lucimiento antes de la misión verdadera que tiene.

No siempre es posible banderillar á los toros como es debido, porque antes que al lucimiento de sus propias facultades, el que ejecuta la suerte debe atender á mejorar en lo posible las condiciones del bicho, á fin de que llegue á la muerte con la menor cantidad posible de defectos. Por esta causa, el público, que muchas veces no comprende la intención del banderillero, atribuye á falta de inteligencia, ó á mala voluntad, lo que, lejos de esto, es para él un sacrificio de su gloria, en gracia á la del matador.

A los toros cobardes, blandos y huidos que no han entrado á los caballos por mucho que los picadores les obligasen, ó si lo han hecho, ha sido una ó dos veces, y esto escupiéndose de la suerte al sentir el castigo, se les pone banderillas de fuego para compensar la falta del primer tercio.

Cuando llega este caso, el banderillero no se debe preocupar de hacer primores, sino de cumplir pronto y aprovechando, apretar bien los palos, y si el toro se revuelve, como ocurre en la mayoría de las ocasiones, entrar

sólo á la media vuelta al abrigo de un capote.

Demasiado sé—y yo lo he practicado y lo practico á menudo—que el amor propio del lidiador y su deseo de agradar al público, le lleva á no hacer distinciones entre las banderillas frías y las de fuego, y pone tanto escrupulo en quedar bien, ya se trate de éstas, como de aquéllas

Sin embargo, la prudencia aconseja hacer lo que más arriba digo, porque al recibir el primer par de fuego, el toro se revuelve, suele hacerse de sentido, se defiende y desarma.

Las salidas en falso, ya de suyo peligrosas, lo son más en este caso, pues el bicho no se olvida fácilmente.

Siempre se ha considerado la suerte de banderillas como la más fácil é insignificante de la lidia y muy pocos han tenido en cuenta que es la que más riesgos reúne. Porque el banderillero no dispone de más defensa contra la

acometida de la res, que de media vara de palo; ha de acercarse, por tanto, á cuerpo limpio para clavar, aprovechando el brevísimo espacio de tiempo que tarda el toro en bajar la cabeza para cornear. Muy poco ha de ser lo que se descuide en meter los brazos y la cogida es segura.



Banderillas de fuego.

José Moyano



El brindis.

LA SUERTE SUPREMA

Mis buenos amigos:

Me pónen ustedes en grave apuro, porque á mí me es más fácil matar los toros que decir por escrito cómo se matan, ó cómo deben matarse. No tengo costumbre de escribir, y además, del dicho al hecho... Porque, cómo deben matarse ya lo sé yo, y ni ustedes ni ningún aficionado lo ignora; pero, de cómo se matan, no puedo decir más que «como se puede», que no suele ser tampoco como se quiere, porque consiste en que los animalitos lo consienten, y la mayor parte son unos guasones que ya...

Luego que puede figurarse el público que pienso poner cátedra y decirme cuando toree:—«Ya podías hacerlo como lo explicas»—sin tener en cuenta que una cosa es predicar y otra matar toros y que desde la barrera se ve mucho más claro que desde el redondel. Pero ustedes insisten y yo no quiero dejarlos mal, de modo que, sin perjuicio de que yo continúe matando toros lo mejor que pueda, ahí va la explicación de *cómo deben matarse toros*, á mi juicio, y rogándoles que no tomen de mis palabras más que la idea, que aliñada por ustedes con términos más pro-

pios de los que yo puedo emplear, puede servir para su objeto.

Suele llegar el toro tan resabiado á la muerte, que de lo primero que tiene que preocuparse el matador es de arreglarlo con la muleta. Para esto debe observar bien sus defectos y fijarse mucho en el trasteo que conviene darle.

Si el toro está noble y con facultades, puede comenzarse con un cambio á muleta plegada, suerte de lucimiento que el público agradece, para seguir con algunos pases naturales, y los que, según las condiciones de la res, crea necesarios el matador.

El *pase natural* consiste en desplegar la muleta cerca del toro, y cuando éste arranca, levantarla, dejando pasar al bicho por debajo, cuidando el diestro de volverse con rapidez para quedar en disposición de repetir la suerte. Si el toro busca el engaño con alguna codicia, debe seguir al *pase natural* el *pase de pecho*, en cuyo



Desplegando la muleta.



Un pase de pecho.

caso, teniendo el matador la cadera izquierda frente al testuz, ha de adelantar el brazo con la muleta, y sin mover los piés, emparar al toro, haciéndole salir en línea recta y quedándose firme y casi de costado á él, después de haber pasado el trapo por encima del lomo.

Muy parecido al natural es el *pase por alto*, que se remata levantando la muleta en el momento en que el toro derrota, pasándola por encima de los cuernos y que tiene por objeto levantar la cabeza á los toros que humillan demasiado.

El *pase ayudado*, es el que se ejecuta con la muleta extendida y sujetándola con el estoque por la parte inferior, para que ofrezca mayor vuelo, tapando así la salida del toro. En el momento en que éste acomete, el espada debe levantar el trapo para que el toro pase, quedando él en el terreno que ha dejado el bicho. Con este pase puede

hacerse que el toro baje la cabeza pasando la muleta por delante de la cara del toro sin le-

vantarla, y obligándole á volverse en busca del engaño.

Muy parecido es el *pase de molinete*, que se

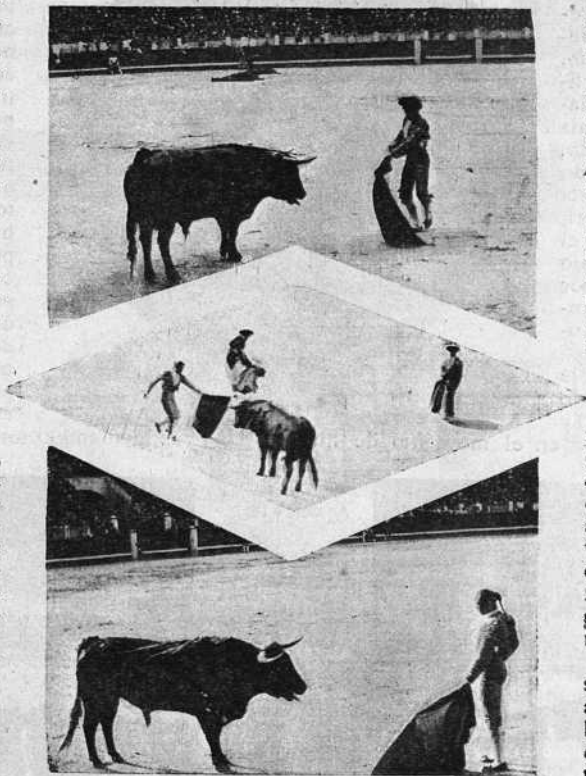
se ejecuta con aquellos toros que por su robleza y facultades lo permiten.

Para sacar á un toro de las tablas ú otra querencia, se emplean los *pases por delante*, que consisten en adelantar la muleta hasta rozar la cara del toro y retirarla con ligereza hacia el cuerpo en cuanto la res acomete y retrocediendo á medida que ésta avanza.

Para castigar mucho á los toros, empléanse los *pases en redondo*, que consisten en obligar á la res á dar una vuelta muy violenta en persecución de la muleta, que hace girar el torero con rapidez.

Otros varios pases se emplean para arreglar en lo posible las malas condiciones en que los toros van á la muerte, pero no pudiendo hacer mención detallada de todos,

ni ofreciendo gran interés, porque no son, en realidad, más que modificaciones de los cita-



Pases naturales.

dos, entraremos á explicar la suerte suprema.

El modo de matar más lucido é interesante, es el que se denomina *recibiendo*, que consiste en perfilarse, una vez igualado el toro, con la pala del pitón derecho, teniendo en la mano izquierda la muleta en posición natural, y en la derecha, el estoque algo más bajo por la punta que por el puño; citar adelantando el pie y la muleta, é inmóvil en esta posición, esperar la acometida, marcando la salida al toro y

clavando el estoque en el momento de hu-



Pase por alto.

millar. Pero como para ejecutar esta suerte con lucimiento, se necesita que los toros reúnan condiciones de bravura y nobleza que muy pocos suelen tener á última hora, es difícil poderla conseguir, y, en su defecto, se emplea la de *volapié*, la que muy raro es el toro con el que no pueda consumarse, puesto que la condición más esencial para ejecutarla es que esté aplomado, defecto que suelen mostrar la mayor parte de los bichos en esos momentos.

Una vez igualado el toro, perfilase el dies-



Arreglando la cabeza.



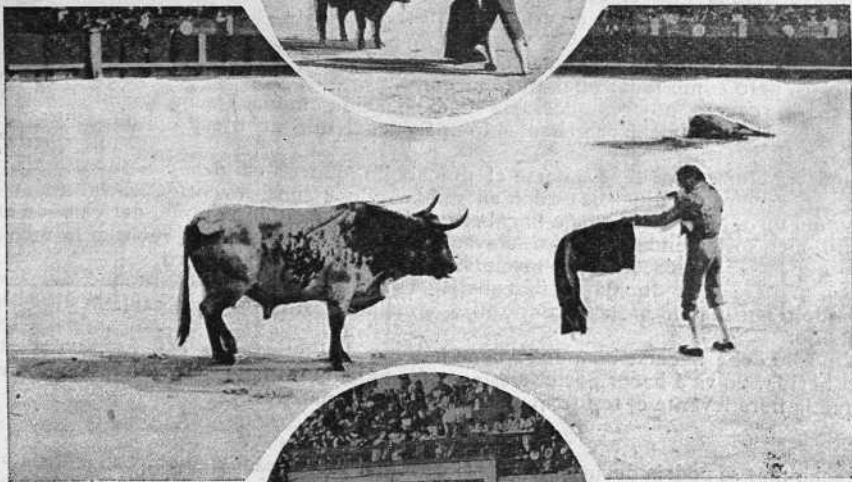
Igualando.

tro lo más cerca posible, y partiendo en derechura de la res, empapa con la muleta, acercándola al hocico del animal, y bajándola, á fin de que humille, en cuyo momento mete el estoque, á la vez que da salida con el

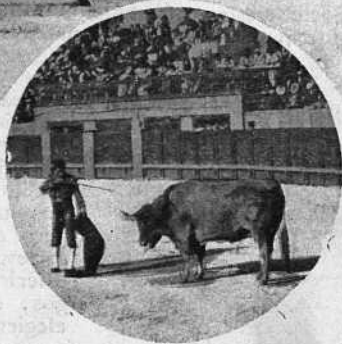


darle salida antes de meter el estoque.

En cuanto á la suerte de aguantar, como no constituye realmente una manera, sino que es más bien un recurso que se emplea cuando, al prepararse para reci-



trapo rojo. No obstante ser la manera más generalizada de matar toros, hay muchos que opinan que es la más difícil y peligrosa, por cuanto exige vaciar y herir á un mismo tiempo, y ambas cosas andando, en contra de lo que ocurre con la de recibir, que permite ver llegar al toro, afianzarse y



Perfilando y entrando.

bir, arranca el toro inesperadamente, si bien demuestra en el matador mucha valentía, mucha serenidad y mucha inteligencia, no creo que debe ser objeto de una descripción minuciosa.

La estocada á paso de banderillas, es así mismo una variante del volapié que se emplea con aquellos to-

ros que no acuden á la muleta y son inciertos y cobardes; no se diferencia de la citada más que en que el espada debe entrar cuarteando y quebrar con la muleta para salirse del centro en el instante de meter el estoque.

Para los toros que se defienden, desarman y no acuden, se hace precisa la estocada á la media vuelta, que consiste en situarse detrás del toro, y aprovechando un momento en que un lidiador lo distrae con el capote, entrar, llamando su atención, clavando el estoque antes que el bicho pueda revolverse.

Algunas otras maneras existen de dar muerte á los toros, pero como todas ellas pueden considerarse de recurso, no creo necesaria su explicación en una reseña como la presente, que sólo debe referirse á lo más usual que acontece en una corrida.

Para concluir, sólo debe citarse el descabello, que se emplea con los toros que, heridos de muerte, tardan en doblar, y que consiste en tender la muleta bajo el hocico del toro, á fin de que baje la cabeza, y bien afianzando la punta del estoque en el cerviguillo, bien sosteniéndolo á pulso, clavarlo entre las vértebras que revisten la médula espinal. la que al ser herida, produce instantáneamente la muerte del toro.

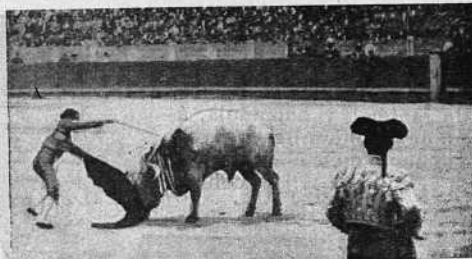
Una manera muy lucida de descabellar, es hacerlo sacando el estoque del morrillo y corriéndolo por el pelo hasta el cerviguillo, y cuando se llega aquí, apretar hasta conseguir el descabello.

Esto sólo debe hacerse cuando se tiene la seguridad de que la res, ya muy quebrantada por la herida, no va á hacer por el diestro y se halla humillada, pues en este momento sólo con que la fiera levante el testuz, puede embrocarse al matador.

* *

Mucho más se podría decir de la suerte de matar toros desde que empezó á ejecutarse á pie con estoque y muleta; pero yo no soy el llamado á escribir de esto, ni de nada; harto hago con atreverme á hacer lo hecho, que es muy superior á mis merecimientos y á mis fuerzas; pero que conste siempre que si me arriesgo en tal empresa, es sólo por diferir al deseo de estos buenos amigos, equivocados indudablemente al elegirme á mí para que describa la suerte en que tantos aplausos conquistan mis compañeros de profesión.

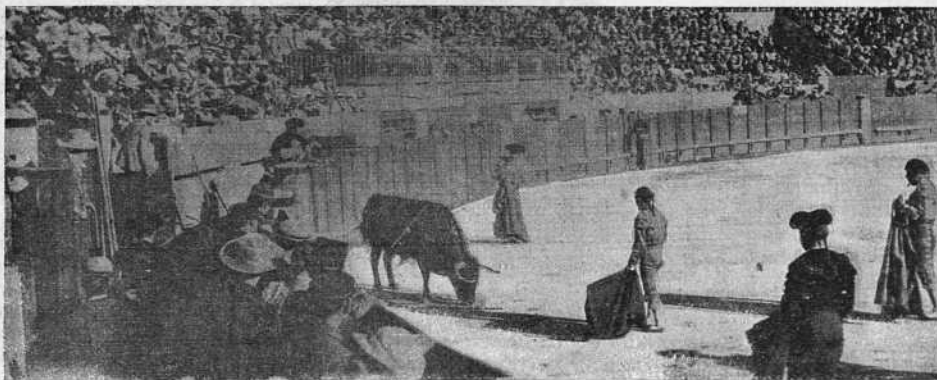
Creo, pues, que bastará para su objeto



La estocada.



Sacando el estoque.



Después de la estocada.

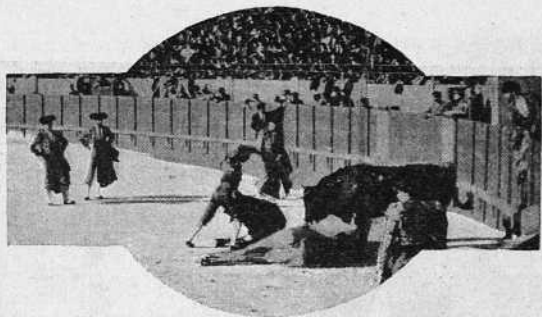
esta explicación á la ligera, y conste lo que al principio dije. que en esto de la lidia de reses una cosa es predicar y otra muy distinta matar toros, porque en esta, sobre todo, hay que contar con muchos obstáculos que vencer, independientes de la voluntad, por mucho que ésta se incline siempre al deseo de agradar, ejecutando bien su cometido.

Antonio Fuentes

Epilogo

Aun después de recibir varias estocadas, hay muchos toros que no se rinden. Si el matador no logra herirlo de muerte, acabando de una vez con todas sus energías y sus pujanzas, el animal, demostrando de manera indudable su bravura y su resistencia, permanece en pie, dispuesto á pelear, si su estado se lo permite; buscando abrigo cerca de la barrera, si sus heridas concluyeron con su poder y sus facultades.

Muchos toros, aun sintiéndose moribundos, no se echan, y en lucha con la muerte, en plena agonía, procuran sostenerse, para caer solo cuando el último soplo de vida les abandona. Este caso sólo es frecuente cuando



Descabellando.

ro, que debe rematarlos. Entonces es cuando el matador recibe más palmas, si esta rapidísima muerte pone final á una faena brillante que remató con una estocada en su sitio.

Efecto del cansancio y de la pérdida de facultades que le ocasionan las heridas, los toros que no mueren de la primera estocada, y especialmente los que reciben más de una, suelen concluir por echarse, sintiendo que les abandonan las fuerzas.

Generalmente se ve al toro, muy aplomado,



El toro doblando.

dirigirse pausadamente hacia la barreira, sin hacer caso de los capotes ni de los muletazos con que el espada pretende llamarle la atención, y como buscando amparo en las tablas, se echa.

El matador entonces ha terminado su misión, y desde tal momento el toro pertenece al puntillero, á no ser que, antes de que éste cumpla sus funciones, ó á causa de no haberlo rematado del primer golpe, el toro vuelva á ponerse en pie, en cuyo caso pertenece de nuevo al matador, hasta que vuelva á echarse, si no se apresura á despacharlo de una estocada ó un certero descabello.

Algunas veces el matador releva de su cometido al puntillero, pues en vez de descabellar con el estoque, toma la puntilla y remata al toro, arrojándosela de ballestilla; es decir, cogiéndola por el mango, con la punta hacia arriba, de modo que, al ser lanzada, describa en el aire un semicírculo, lo que la hace llegar de punta y con gran fuerza al cerviguillo de la res. Hace falta tener mucho acierto para



La puntilla.

apuntillar de esta manera, porque resulta muy deslucido errar el golpe.

La puntilla ó cachete es un hierro con punta acerada, en forma de lengüeta ó lanceta; el mango es de madera y la longitud total del instrumento es de treinta ó treinta y cinco centímetros.

Antaño no se usaba la puntilla y cuando acababa el matador su cometido ó el

toro, antes de llegar á esta suerte, se inutilizaba, se recurría á desjarretarle con la *media luna*, cuchilla de esta forma sujeta á un largo palo, y después podía ser rematado con facilidad.

Para desjarretarle, el encargado de hacerlo se dirigía al toro, mientras éste era entretenido ó llamado por el capote de un lidiador, y le cortaba los tendones de las patas.

El espectáculo era horrible y repugnante, habiéndose dado más de un caso en que el pobre animal aún andaba con las patas mutiladas.

Hoy, cuando los toros, por cualquier causa, no pueden ser lidiados después de estar en



Toro que se tapa.

el redondel, se saca una piara de cabestros, á cuya querencia se va la res al corral.

Cuando el toro ha doblado, que es como suele denominarse el momento en que se echa en la arena, el puntillero, que aguarda este momento, preparado convenientemente, con su manguito de hule en el brazo con que ha de herir para no manchar la manga de la chaquetilla con la sangre del morrillo, salta la barrera, y colocándose á espaldas del toro, descarga el golpe mortal, mientras el matador entretiene al bicho con la muleta.

Si el puntillero, al cumplir su misión, da el golpe en el sitio de la muerte, esto es, en la médula, el toro caerá como herido por el rayo; hincará el hocico en el suelo, rodará su cuerpo agonizante, y una rápida convulsión, agitándole con nerviosas crispaturas, concluirá definitivamente con él.

El matador entonces diríjese á la presidencia, saluda nuevamente y va á cambiar el estoque y el trapo rojo por el capote, en el mayor silencio, ó entre protestas y silbidos del público, si su faena des-



El toro muerto.

segundos) demostrando con sus saludos y su semblante sonriente, cuánto le satisfacen estas muestras de simpatía.

Entre tanto, los monos sabios ponen el lazo de maroma entre los cuernos del toro muerto y al pescuezo de los caballos que yacen en el redondel; salen los tiros de mullillas, guiados por los agilísimos zagales, y en menos que se cuenta, enganchan, y dando una vuelta, llévanse arrastrando, al trote de las tres vigorosas mulas que componen cada tiro, á los animales difuntos, cuyo cuerpo va marcando una huella en la arena del redondel, que los areneros se apresuran á borrar con espuertas de tierra, iguando el terreno en breves instantes.

Y nuevamente los picadores en el ruedo y los



Recibiendo aplausos.

lidiadores en su sitio, agita el presidente su pañuelo blanco, suena el clarín y los timbales, ábrese el chiquero, y salta á la arena otro cornúpeto, que dará ocasión á nuevos incidentes, siempre iguales para el que no es aficionado, jamás repetidos para el que lo es, y que encontrará insuperables atractivos en esta fiesta brillantísima, cuyo mayor elogio hace el número de partidarios con que cuenta y el entusiasmo incomparable con que se acoge.

Hasta que en 1623, y con motivo de unas fiestas reales celebradas en honor de Carlos Stuard, Príncipe de Gales, por su venida á España, reinando D. Felipe IV, se instituyó la costumbre de sacar los toros del redondel por medio del tiro de mulillas, habíase venido haciendo esto por medio de carros, en los que, no sin grandes dificultades, por el enorme peso de las reses, cargábanse éstas y los caballos muertos en la lidia.

Al Corregidor D. Juan Castro, que fué el que ideó este medio, se debe que haya sido reemplazada aquella costumbre por la que hoy se emplea, sin duda más bonita y más rápida.



El arrastre.



CHIEF OF POLICE

NEW YORK



ARTE GRÁFICO

ADMINISTRACIÓN:
Carrera de San Jerónimo, 44, entlo.

MADRID







MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número.	242	Precio de la obra
Estante .	1	Precio de adquisición
Tabla . .	1	Valoración actual
		Número de tomos

2

